

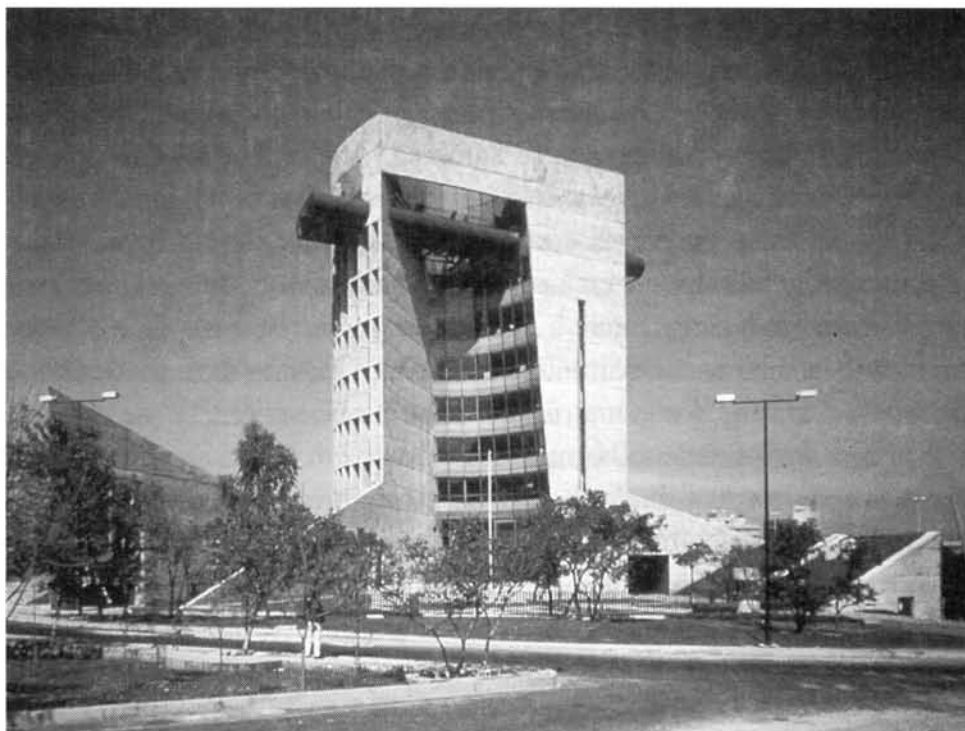
experto mundial del tema. Era un fenómeno nuevo, que sucedía en los países en desarrollo como México, y sin antecedentes, como tal vez todo en la historia. A mí me preocupaba el diseño del espacio público en esos asentamientos, a Turner le parecía una preocupación esteticista irrelevante, tal vez con razón. Al final de los cincuenta hubo un intento —sin resultado— de remodelar dos vecindades (así se le llama a las viejas viviendas colectivas del centro de la ciudad). Habíamos preparado, con la asistencia del antropólogo Oscar Lewis —que llevaba varios años estudiando esas viviendas— un programa de pequeñas acciones que incitaran a la gente a seguir mejorando su vivienda. Los escasos fondos que pedíamos al Instituto de la Vivienda (recién fundado) nos fueron negados con el argumento de que nada debía invertirse en algo que tenía que desaparecer. Recuerdo a Oscar Lewis respondiendo al director: «las vecindades van a durar más que usted». Lewis era un solitario; durante las investigaciones vivía dentro de las vecindades y simultáneamente estudiaba canto, quería ser cantante de ópera.

Sentía por esos estudios una fascinación que siempre acababa en frustración; fascinación por descubrir un mundo y sentir que se le penetraba con el conocimiento, con investigaciones que se alargaban y crecían y, frustración ante la delgadez y la pobreza de las propuestas que se podían formular. Comencé a darme cuenta de que la ciudad es una obra colectiva que hacemos todos, en el tiempo. Y ese concepto lo comprendí cabalmente más tarde con la lectura del esclarecedor y confuso libro de Aldo Rossi. Ve a la ciudad como una manufactura, como una gran obra de arquitectura colectiva, que se va haciendo en el tiempo por todos sus habitantes e instituciones. La clave está en la palabra manufactura que implica una manera de hacer un estilo, es decir, una plástica que nos retrata y nos representa. La configuración desordenada de nuestra ciudad, la pobreza visual de las manufacturas «a medias» de sus alrededores, retrata a una sociedad en la que el crecimiento de la población superó la capacidad de crear empleos y educación. Nuestra urbe está habitada en su mayoría por personas pobres y poco educadas, recién emigradas y que han perdido para siempre su cultura arquitectónica tradicional y, con ello, el conocimiento de cómo realizar sus viviendas (su manufactura). Esto podría parecer una visión pesimista. No lo es. Es sólo un esfuerzo por entender el fenómeno urbano y delimitar un nicho, un hueco, en el que sí podemos actuar con el diseño, bastante más reducido del que nos asignaba el Movimiento Moderno.

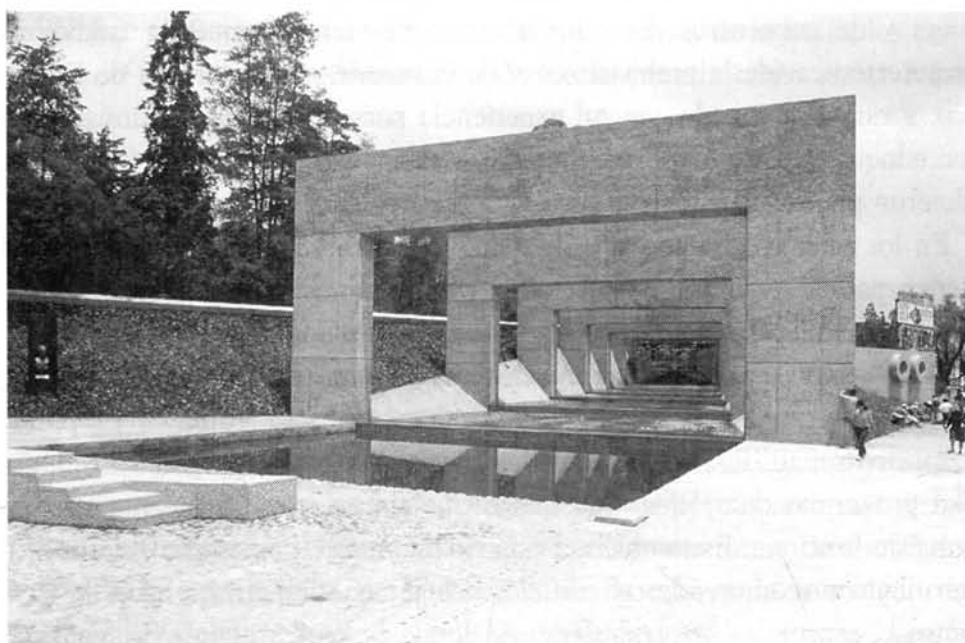
No sólo hubo estudios: de 1956 a 1976 proyecté seis conjuntos habitacionales, que suman varios miles de viviendas<sup>3</sup> <sup>4</sup>. Para mí fue una experiencia fascinante el diseño de los espacios «adecuados» como decía Le

<sup>3</sup> *Arquitectura contemporánea mexicana/Obras de Teodoro González de León y Abraham Zabludovsky*, Central de Publicaciones, S.A., México, 1969, 201 p.

<sup>4</sup> Ocho conjuntos de habitación. *Arquitectura contemporánea mexicana (coautor A. Zabludovsky)*, *Arquitectura y Sociedad*, editores, S.A. / Museo de Arte Moderno, México, 1976, 118 p.:



Fondo de Cultura  
Económica.  
Arq. Teodoro González  
de León.  
Foto: Pedro Hiriart.



Plaza Rufino Tamayo.  
Arq. Teodoro González  
de León.  
Foto: Pedro Hiriart.

Corbusier, para evitar el término de «mínimos» que se usa en vivienda. Me apasionan el rigor que exige el equilibrio entre el espacio público y la intimidad del privado y, la exactitud que obliga a pensar en su construcción. El último que realicé, que se llama «Ex-Hacienda de Enmedio», es el que me parece más interesante. El espacio público es similar al de las calles tradicionales: se forma con pequeños edificios de cinco pisos que se conectan lateralmente y crean un paño continuo que puede quebrarse para formar ensanchamientos, a manera de plazas. Después de este conjunto no he vuelto a trabajar en vivienda. Hace más de diez años que los organismos encargados, en aras de una mayor eficiencia, se limitan exclusivamente a financiar las operaciones y han renunciado a supervisar la calidad de los proyectos. Ahora todo está en manos de especuladores que contratan a subprofesionales. Los alrededores de nuestras ciudades se llenan de barrios despersonalizados con diseños torpes y pésimamente contruidos.

## Patios y calles peatonales

En 1966 me encargaron el proyecto de la Escuela de Derecho de la Universidad de Tamaulipas, ubicada en el Puerto de Tampico, en un clima cálido y húmedo y con muy bajo presupuesto. Ni clima ni presupuesto permitían utilizar el acero (material que me empeñaba en usar), el concreto era el adecuado. En este edificio aparece un elemento que habré de repetir más tarde: un patio que organiza toda la escuela. Es el espacio de entrada y el que da acceso a todas las partes de la escuela; un sitio de roces y de encuentros. Es un elemento que viene de nuestra tradición arquitectónica (de la prehispánica y de la mediterránea a través de España), y está relacionado con mi experiencia personal, con los sitios donde me eduqué. No viene del Movimiento Moderno; ni Mies ni Le Corbusier hicieron patios (el de la Tourette es un falso patio al que no se accede).

En los setentas diseñé, con Abraham Zabudovsky, cuatro edificios que tienen patios con tratamientos totalmente distintos: rectangulares, trapezoidales, semicubiertos, cerrados, con desniveles. Son cuatro instituciones: la Delegación Cuauhtémoc, el INFONAVIT (organismo para la vivienda de los trabajadores), el Colegio de México y el Museo Tamayo. El patio demostró ser un instrumento de diseño que permite organizar con claridad programas complejos; un espacio que sin estar en el programa hace que éste funcione. Es también el espacio de entrada, en el que el visitante se orienta y «comprende» el edificio, el lugar que le permite hacer la lectura del espacio. Y naturalmente, es donde se recibe el primer mensaje